

LIBRO SÉPTIMO

SUMARIO

Los sitios fuertes lo son, ó por la naturaleza, ó por el arte.—
Cómo deben hacerse las murallas y los fosos.—Dónde deben ponerse las casamatas y la artillería.—Las fortalezas han de tener los bastiones distantes entre sí.—Las edificadas sobre montañas escarpadas son poco fuertes.—La condesa Catalina Sforza y el castillo de Forli.—Bastiones, revellines, rastrillos, almenas, ballesteras, troneras.—Rastrillos alemanes y franceses en forma de reja.—En las ruedas de las cureñas de la artillería, los rayos oblicuos son mejores que rectos.—Vigas puestas en equilibrio sobre postes á la cabeza de los puentes levadizos, al uso de Francia.—Las plazas fuertes deben tener por lo menos una milla de terreno despejado á su alrededor.—Municiones de boca y guerra.—Orden que deben observar los ciudadanos en la defensa de una plaza fuerte.—Armas y máquinas de defensa y ofensa empleadas en la antigüedad.—La artillería suplente ahora á todas ellas.—Modos de evitar la rendición por hambre y de defenderse de los asaltos.—Astucias y engaños de los asaltantes.—Ejemplos antiguos.—Vigilancia de las guardias.—Utilidad de los perros en ellas.—Diversos modos de comunicarse los sitiados con sus amigos y partidarios de fuera.—Manera de reparar las brechas abiertas por la artillería enemiga.—Minas y contraminas.—Vigilancia que debe haber en las horas de descanso.—Desventaja de los sitiados por la necesidad de dividir sus fuerzas.—Cómo se remedia.—La constancia de los sitiados desespera al enemigo.—Reglas generales y máximas acerca del arte de la guerra.—Por qué el autor no se ocupa de la guerra naval y apenas habla de las tropas de caballería.—Cómo se consigue abundancia de buenos caballos en un país.—Dotes de un buen general.—Debe tener sobre todo inventiva.—Dificultades de la antigua milicia.—Unos capitanes famosos encontraron el ejército hecho, y otros necesitaron hacérselo.—En Italia es preciso, ante todo, saberlo orga-

nizar.—Sólo pueden realizarlo los príncipes poderosos con súbditos propios.—Con mercenarios extranjeros es imposible reformar la milicia al estilo antiguo.—Los soldados suizos y españoles son desde hace largo tiempo mejores que los italianos, pero no llegan á la perfección de los antiguos.—Los ejércitos italianos son malos por culpa de los príncipes.—Defectos de los príncipes italianos de los siglos xv y xvi.—Algo más sobre la milicia nacional.—El príncipe que primero la establezca será el soberano de Italia.—Termina el autor exhortando á la juventud para que haga revivir la antigua milicia.

Sabéis, sin duda, que las ciudades y las poblaciones pueden ser fuertes, ó por la naturaleza, ó por el arte. Se encuentran en el primer caso las rodeadas de ríos ó pantanos, como Ferrara y Mantua, ó construídas sobre una roca ó escarpada montaña, como Mónaco y San Leo, porque las que están en montes de fácil acceso son ahora, por causa de la artillería y de las minas, debilísimas. Por eso, para hacerlas hoy se escoge una llanura y se emplean los recursos del arte en la construcción de sus defensas.

El primer cuidado del ingeniero es edificar los muros en línea quebrada, es decir, multiplicando los ángulos salientes y entrantes, lo cual impide que se acerque á ellos el enemigo, que puede ser batido de frente y de flanco. Si los muros son demasiado altos, presentan mucho blanco á la artillería, y si son muy bajos se escalan fácilmente. Si se abren fosos delante de ellos para dificultar el escalamiento, el enemigo los rellena, cosa fácil de hacer á un ejército numeroso, y se apodera de las murallas. Creo, por tanto, salvo siempre mejor opinión, que, para evitar ambos inconvenientes, se deben construir las murallas de una determinada altura, con fosos interiores y no exteriores.

Tal es, según mi parecer, la mejor fortificación, porque defiende de la artillería y del escalamiento é impide

al enemigo rellenar los fosos. Elevaréis, pues, los muros á una altura conveniente, haciéndolos de un grueso de tres brazos por lo menos, para que sea más difícil arruinarlos. Las torres se construirán á doscientos brazos de distancia unas de otras; y la anchura del foso interior será por lo menos de treinta brazos y doce de profundidad. Con la tierra de la excavación se formará por el lado de la ciudad un parapeto, partiendo del fondo del foso hasta la altura de un hombre sobre la superficie, con lo cual aumentará la profundidad del foso. En el fondo del foso y á cada doscientos brazos habrá una casamata con artillería para batir á quien á él baje.

La artillería gruesa que defiende la ciudad se pondrá sobre el muro interior que cierra el foso, porque para la defensa del muro exterior, por ser más alto, no se pueden emplear cómodamente sino cañones pequeños ó medianos. Si el enemigo intenta el escalamiento, la altura del muro os defenderá fácilmente. Si ataca con artillería necesitará primero batir el muro exterior; pero como el efecto de las baterías es que caigan los escombros hacia la parte batida, no encontrando foso que los reciba y oculte, sirve la ruina del muro para aumentar la profundidad del foso; de modo que impiden el paso primero los escombros amontonados, después el foso, y por último la artillería de la plaza, que, desde el muro interior, bate con toda seguridad á los asaltantes, cuyo único recurso será cegar el foso, cosa difícilísima, no sólo por su gran capacidad, sino por el peligro de acercarse á él, siendo la muralla de ángulos salientes y entrantes, en los cuales, por las razones dichas, no se puede penetrar sin gran riesgo, especialmente teniendo que andar sobre escombros, que forman un obstáculo extraordinario. Creo, pues, que una ciudad así fortificada es inexpugnable.

Bautista.—Si además del foso interior se hiciera otro exterior, ¿no sería más fuerte?

Fabricio.—Lo sería sin duda; pero mi argumento consiste en que, de hacer un solo foso, vale más abrirlo interior que exteriormente.

Bautista.—¿Lo llenaríais de agua, ó lo dejaríais en seco?

Fabricio.—En este punto las opiniones no están de acuerdo, porque los fosos llenos de agua garantizan de las minas, y sin agua son más difíciles de cegar. Teniéndolo todo en cuenta, yo los haría sin agua, porque son más seguros, y ya se ha visto helarse el agua en ellos durante el invierno, y el hielo facilitar la expugnación de una plaza, como sucedió en la Mirandola cuando la sitiaba el Papa Julio II. Para librarme de las minas haría los fosos tan profundos, que el enemigo, al horadar por debajo, tropezase con el agua.

En cuanto á fosos y murallas, haría las fortificaciones de los castillos iguales á las de las plazas fuertes, para que su expugnación ofreciera las mismas dificultades.

Debo recordar á los defensores de las plazas fuertes que no hagan bastiones fuera y á distancia de las murallas, y á los que construyen castillos que no edifiquen muros interiores donde pueda refugiarse la guarnición, perdidos los exteriores. El motivo del primer consejo consiste en que nadie debe hacer lo que, sin remedio, daña á la propia reputación, porque, perdida ésta, se desconfía de las demás disposiciones y se atemorizan los comprometidos en la defensa. Esto sucederá siempre al hacer bastiones fuera de la plaza que defendéis, porque siempre se perderán, no cabiendo defensa de estas pequeñas fortificaciones contra el ímpetu de la artillería, y su pérdida será causa y principio de vuestra ruina. Cuando Génova se rebeló contra el rey

Luis XII de Francia, los genoveses construyeron algunos bastiones en las colinas que rodean dicha plaza; tomados por los franceses en poco tiempo, se apoderaron en seguida de la ciudad.

En cuanto al segundo consejo, afirmo que no hay nada más peligroso para un castillo como la posibilidad de retirarse sus defensores, porque la esperanza de los soldados de defenderse en otro puesto cuando es tomado el que ocupan, hace que lo abandonen, y, abandonado, se pierde todo el castillo. Reciente ejemplo tenemos de ello en la pérdida del de Forli, cuando lo defendía la condesa Catalina Sforza contra César Borja, hijo del Papa Alejandro VI, que lo sitió con el ejército del rey de Francia. Tenía aquella fortaleza muchos reductos dispuestos para retirarse de unos á otros. En primer lugar estaba la ciudadela separada del castillo por un foso, de modo que se pasaba al castillo por un puente levadizo. En el castillo había tres recintos rodeados de fosos con agua, y con puentes para el paso. César Borja batió con la artillería una parte de las murallas. Abierta la brecha y no pensando defenderla el jefe de la guarnición, Juan de Casale, la abandonó para retirarse á otro reducto. Entraron entonces sin oposición los sitiadores, y en un momento se apoderaron de todo el castillo, por hacerse dueños de los puentes que había entre los reductos.

Perdióse esta fortaleza, considerada inexpugnable, por dos faltas: una tener tantos reductos, y otra no dominar cada uno de ellos sus puentes. La mala construcción de la fortaleza y la poca habilidad de su defensor inutilizaron la valerosa determinación de la condesa de resistir á un ejército que no se atrevieron á esperar ni el rey de Nápoles ni el duque de Milán; y aunque su esfuerzo no produjo resultado, alcanzó la fama que su valor merecía, como lo demuestran las

muchas poesías que se hicieron entonces en honor suyo.

Si tuviera que edificar un castillo le haría buenas murallas, y el foso como he dicho, sin que dentro de los muros hubiese más que las casas para habitación, y aun éstas endebles y bajas, para que no impidieran á quien estuviese en medio de la plaza la vista de todo el muro, á fin de que el jefe de la guarnición observara por sus propios ojos dónde era preciso reforzar á los combatientes, y para que todos supieran qué, perdida la muralla y el foso, estaba perdido el castillo. Si hacía algunos reductos colocaría los puentes de tal modo que cada uno de aquéllos dispusiera de los suyos, procurando que los tableros levadizos cayeran sobre postes colocados en medio de los fosos.

Bautista.—Habéis dicho que las fortificaciones pequeñas hoy no se pueden defender, y yo tenía entendido lo contrario, que cuanto menores son, mejor se defienden.

Fabricio.—Pues lo comprendisteis mal, porque no se puede llamar hoy plaza fuerte aquella en que el defensor no tenga espacio donde retirarse, defendido por nuevos fosos y nuevos muros. La violencia de la artillería es tal, que comete grave error quien fie la defensa en un solo muro y un solo atricheramiento; y como los bastiones, á menos que pasen del tamaño ordinario, en cuyo caso serían plazas fuertes ó castillos, no se hacen de modo que sus defensores tengan retirada, se pierden inmediatamente.

Es, pues, lo más atinado renunciar á los bastiones exteriores y fortificar las entradas de la plaza, cubriendo las puertas con revellines de modo que no se pueda entrar y salir en línea recta, y que entre el revellín y la puerta haya un foso con puente levadizo.

Fortificanse también ahora las puertas con rastrillos, para que se refugien en ellos los que salen fuera de la plaza á combatir é impedir que, si son rechazados, pe-

netren mezclados con ellos los enemigos en la fortaleza. Estos rastrillos, llamados antiguamente cataratas, se bajan y cierran á los sitiadores el paso, salvando á los que se refugian en la plaza, pues en tales casos no es posible valerse del puente y de la puerta, por donde pasan mezclados y en confusión sitiadores y sitiados.

Bautista.—He visto en Alemania esos rastrillos de que habláis hechos con maderos en forma de reja. Los nuestros son de gruesas tablas unidas entre sí. Deseo saber de qué procede esta diferencia, y cuál de las dos formas es preferible.

Fabricio.—Os repito que las antiguas instituciones militares no se recuerdan hoy en el mundo, y en Italia están completamente olvidadas. Si nos queda algo de este arte que sea aceptable, lo debemos á los ultramontanos. Ya sabéis, y estos amigos vuestros pueden recordarlo, cuán débiles eran las defensas de nuestras plazas fuertes antes de venir á Italia el rey Carlos VIII de Francia en 1494; las almenas apenas tenían medio brazo de espesor, las ballesteras y troneras se hacían con poca abertura por fuera y mucha por dentro, y con varios otros defectos que omito referir por no cansaros. Nada más fácil que derribar tan débiles almenas y destruir troneras hechas de aquel modo. De los franceses se ha aprendido ahora á hacer las almenas anchas y gruesas; las troneras, anchas por dentro, se estrechan á la mitad del muro y ensanchan de nuevo hacia la pared exterior, con lo cual se impide á la artillería de afuera desmontar las piezas de la muralla. Usan además los franceses otros medios de defensa que no han visto los italianos, y, por tanto, ni estudian ni conocen. Entre ellos figura un rastrillo hecho en forma de reja, que es infinitamente mejor que el vuestro; porque cuando se baja vuestro rastrillo sólido, quedáis encerrados dentro, sin medio de ofender al enemigo, el cual con

toda seguridad puede destruirlo, valiéndose del fuego ó de las hachas; pero hecho en forma de reja, cuando se cala se le defiende por los claros que hay entre los maderos con lanzas, ballestas y otras armas.

Bautista.—He observado en Italia otra costumbre ultramontana que consiste en oblicuar hacia los cubos los rayos de las ruedas de las cureñas. Deseo saber por qué se hace esto, pues los rayos rectos, como los de nuestras ruedas, me parecen más fuertes.

Fabricio.—Jamás creáis que lo que se aparta de las costumbres ordinarias sea sin objeto, y si suponéis que se les da dicha forma por mayor belleza, os equivocáis, pues donde lo indispensable es la fortaleza, se prescinde de la hermosura. Los hacen así, porque con ellos sus ruedas son más sólidas y seguras que las vuestras. La razón de esta reforma consiste en que, cuando la cureña va cargada, ó rueda á nivel y el peso carga igualmente sobre ambas ruedas, ó se inclina hacia uno de los lados. En el primer caso las dos ruedas sostienen el mismo peso que, dividido por igual entre ellas, no les es muy gravoso; pero si la cureña se inclina hacia un lado, el peso carga sobre la rueda del mismo. Si los rayos de la rueda son rectos, fácilmente se quiebran, porque, inclinándose con la rueda, no soportan el peso á plomo. Rodando, pues, la cureña á nivel y cargando el peso sobre ambas ruedas, los rayos rectos son los más fuertes, y cuando la cureña se tuerce y carga el peso hacia un lado, son los más débiles.

Con los rayos oblicuos de las cureñas francesas sucede lo contrario; pues al torcerse la cureña y apoyarse sobre una de las ruedas, estos rayos que, en la situación normal de la cureña son oblicuos, resultan entonces rectos y soportan á plomo todo el peso; y cuando la cureña marcha á nivel, aunque están oblicuos, sólo resiste cada rueda la mitad del peso.

Pero volvamos á nuestras fortalezas y castillos.

Para mayor seguridad de las puertas de sus fortalezas, y en caso de asedio hacer salir y entrar sus tropas fácilmente en la plaza, usan los franceses, además de los medios ya referidos, otro que aun no he visto empleado en Italia; consiste en colocar dos postes en el extremo exterior del puente levadizo, y sobre cada uno de ellos poner en equilibrio una viga de modo que la mitad esté sobre el puente y la otra mitad fuera de él. Las vigas en la mitad que cae fuera del puente están unidas con traviesas en forma de enrejado, y al extremo de cada una, en la parte que cae sobre el puente, fijan una cadena. Cuando desean cerrar el puente por la parte de afuera, sueltan las cadenas y cae toda la parte enrejada de las vigas, cerrando la entrada del puente; y cuando quieren abrirlo, tiran de las cadenas y levantan el enrejado de las vigas, dejando la abertura de la extensión que quieren para el paso de un hombre á pie ó á caballo, y cerrándola de pronto, pues las vigas se alzan y bajan con suma facilidad. Dicho aparato es más seguro que el rastrillo, porque, no cayendo como éste en línea recta, no puede el enemigo impedir su caída con puntales, como cabe hacerlo con el rastrillo.

Tales son las reglas que deben observar los que deseen construir una fortaleza. Además prohibirán construir ó plantar árboles en una milla, por lo menos, alrededor de las murallas; de modo que el terreno presente una superficie plana donde no haya ni árboles, ni matorrales, ni calzadas, ni casas que impidan ver á lo lejos y resguarden á los sitiadores de la plaza. Advertid que cuando la fortaleza tiene los fosos por delante de los muros con terraplenes más altos que el terreno circundante es debilísima, porque estos terraplenes sirven de parapeto al ejército sitiador y no le impiden atacar la plaza, siendo fácil romperlos y dejar espacio á la artillería.

Entrando ahora dentro de la fortaleza, creo inútil recomendaros que, además de lo dicho, conviene tener grande acopio de municiones de guerra y boca. Es una precaución cuya importancia comprende todo el mundo, y sin la cual todas las demás son inútiles. En este punto se debe cuidar de dos cosas: primero proveerse, y después impedir al enemigo que aproveche los recursos del país que ha invadido. Necesario es, por tanto, destruir todos los animales, los forrajes y los cereales que no se puedan poner á salvo.

Quien defiende una plaza debe además procurar que no se haga nada tumultuosa y desordenadamente, y arreglar las cosas de modo que en cualquier accidente sepa cada cual el puesto que le corresponde. Es preciso, pues, que las mujeres, los ancianos, los niños y los enfermos se queden en sus casas y dejen calles y plazas á los jóvenes y valerosos, quienes se distribuirán armados para la defensa, unos en las murallas, otros en las puertas, otros en los sitios principales de la población para sofocar cualquier desorden que ocurra, otros no tendrán puesto determinado, destinándoseles á prestar socorro donde la necesidad lo exija. Dispuestas así las cosas, es muy difícil que ocurran desórdenes dentro de la plaza.

Respecto al ataque y defensa de las fortalezas, conviene advertir que lo que más esperanza infunde al sitiador de una plaza para apoderarse de ella es saber que los habitantes no tienen costumbre de ver al enemigo, pues muchas veces, en tales casos, el miedo les hace abrir las puertas antes de ser atacados, sobre todo, si el sitiador hace, como debe, terribles demostraciones que llenen de espanto á los sitiados.

Por su parte éstos deben poner en los puntos que el enemigo ataque hombres fuertes á quienes no intimiden los alardes del contrario y sólo cedan á la fuerza de

las armas. Si, en efecto, el primer ataque es rechazado, se envalentonan los sitiados, y entonces, para vencerlos, necesita el enemigo, no la fama de que fuera precedido, sino la habilidad y el valor.

Muchas eran las máquinas y armas con que los antiguos defendían las plazas fuertes, como las ballestas, onagras (1), escorpiones, arcobalistas, hondas, etc. Los instrumentos de ataque no eran menos numerosos, como arietes, torres, manteletes, hoces, tortugas, etc. Ahora sólo se emplea la artillería, lo mismo por sitiados que por sitiados, y por ello no entraré en detalles.

Volviendo á mi asunto, explicaré los medios especiales de ataque. Los sitiados deben cuidar de no ser vencidos ni por hambre ni por asalto. Respecto á lo primero, ya hemos dicho que han de proveerse de víveres antes del sitio; pero cuando llegan á faltar porque el asedio dura mucho, se ha apelado en algunos casos á medios extraordinarios para que les provean de ellos los partidarios de fuera interesados en salvar á los sitiados, máxime si por medio de la plaza corre un río. Así, por ejemplo, cuando Annibal sitió á Casilinum, fortaleza romana, no pudiendo los romanos socorrerla de otro modo, arrojaron al río que pasaba por ella gran cantidad de nueces que, llevadas por el agua, sin que los cartagineses pudieran impedirlo, alimentaron por algún tiempo á los habitantes. Algunos sitiados, para probar al enemigo que tienen víveres en abundancia y hacerle desespearar de rendirlos por hambre, han arrojado panes por encima de los muros ó dado de comer trigo á un novillo dejando que lo cojan después los enemigos para que, al matarlo y encontrar su estómago lleno de trigo, crean en una abundancia de víveres que no tienen.

Por otra parte, los generales ilustres han empleado

(1) Máquina para lanzar piedras.

diferentes medios para privar de víveres al enemigo. Fabio dejó sembrar á los habitantes de la Campania, para que tuvieran de menos el trigo que sembraban. Acampado Dionisio junto á Regio, fingió desear un acuerdo con los habitantes, y, durante las negociaciones, hacía que le proveyeran de víveres. Cuando por este medio les dejó sin trigo, sitió la plaza y la rindió por hambre. Quiso Alejandro Magno apoderarse de Leucadia y empezó por tomar todos los castillos inmediatos, dejando á sus defensores refugiarse en aquella plaza, y aumentada de este modo considerablemente su guarnición, la tomó por hambre.

En cuanto á los asaltos, ya he dicho que se debe, sobre todo, rechazar la primera embestida, con la cual tomaron los romanos muchas plazas, atacándolas por diversos puntos á la vez, á lo cual llamaban *aggredi urbem corona*. Así se apoderó Scipión de *Cartago nova*, en España. Si se rechaza este primer asalto, con dificultad se toma la plaza á viva fuerza.

Aun en el caso de apoderarse de las murallas los enemigos y penetrar en el interior de la ciudad, todavía tienen los habitantes medios de defensa, si no se acobardan, pues muchos ejércitos, después de entrar en una plaza, han sido rechazados con grandes pérdidas. Los medios consisten en defenderse desde los sitios elevados y combatir al enemigo desde lo alto de las torres y de las casas. Los recursos de los asaltantes contra este peligro, son: uno, abrir las puertas de la ciudad para que escapen por ellas los habitantes, los cuales de seguro aprovecharán la ocasión de huir; otro, hacer correr la voz de que sólo se persigue á los que estén con las armas en la mano y que se perdona á los que las arrojen. Esto ha facilitado la conquista de muchas plazas.

Otro medio de apoderarse sin grandes esfuerzos de

una plaza fuerte es atacarla de improviso; lo cual se ejecuta estando distante con el ejército, de modo que no se suponga en ella vuestro propósito de asaltarla ó se crea que, por la distancia á que estáis, habrá noticia á tiempo oportuno. En tal caso, si rápida y secretamente lleváis las tropas á dar el asalto, casi siempre alcanzaréis la victoria.

No me gusta hablar de los sucesos de nuestros tiempos, porque hacerlo de mí y de los míos ofrece inconvenientes, y de los demás no sabría qué decir. Sin embargo, á este propósito debo presentar el ejemplo de César Borja, llamado el du que Valentino, que, estando en Nocera con su ejército, fingiendo ir á castigar á Camerino, volvió de pronto hacia Urbino y ocupó en un día, sin esfuerzo alguno, un Estado que cualquier otro no hubiese conquistado sino después de mucho tiempo y con grandes gastos.

Los sitiados deben también guardarse de las asechanzas y engaños del enemigo, y no fiarse de lo que le vean hacer de continuo, sospechando siempre que lo haga por sorprenderlos después con un cambio que les sea funesto. Sitiando una plaza Domicio Calvino, tomó por costumbre rodear diariamente las fortificaciones con numerosa parte de su ejército. Llegaron á creer los habitantes que lo hacía por ejercicio y descuidaron la vigilancia de las guardias. Advirtió Domicio el descuido; dió el asalto y tomó la plaza.

Al saber algunos generales que los sitiados esperaban refuerzos, han hecho vestir á sus soldados el uniforme de los enemigos, y, entrando en la plaza con este disfraz, se han apoderado de ella.

El ateniense Cimón incendió un templo que estaba fuera de una plaza fuerte. Acudieron los habitantes de ésta á apagarlo, y Cimón aprovechó su ausencia para apoderarse de la plaza. Otros generales han muerto á los

merodeadores de una fortaleza sitiada, y, vistiendo con sus trajes á algunos soldados, lograron con este ardid que les abriesen las puertas.

Los generales antiguos emplearon diversos medios para alejar las guarniciones de las plazas que querían tomar. Estando en África Scipión, y deseando apoderarse de algunos castillos donde tenían guarnición los cartagineses, fingió muchas veces querer asaltarlos y abstenerse de ello y aun alejarse por temor de un fracaso. Creyó Aníbal cierto lo que era fingido y, para perseguirle con más fuerzas y poder vencerle más fácilmente, sacó todas las guarniciones de los castillos. Cuando Scipión lo supo, ordenó inmediatamente á Massinissa que se apoderara de ellos. Guerreando Pirro en la Esclavonia sitió la capital, defendida por numerosa guarnición, y, fingiendo no poder tomarla, dirigióse á otras poblaciones. Parte de la guarnición de la capital acudió á socorrerlas, y entonces le fué fácil apoderarse de ella.

Para tomar una plaza fuerte se ha empleado muchas veces el recurso de envenenar las aguas y variar el curso de los ríos; pero en rara ocasión ha producido resultados. Alguna vez se ha conseguido que los sitiados se rindan haciéndoles saber una victoria alcanzada por los enemigos, ó que éstos reciben refuerzos. También en la antigüedad fueron ocupadas varias plazas por traición, ganando en su favor algunos habitantes, y en este punto emplearon diversos procedimientos; unos enviaron como emisario un fugitivo para que adquiriera autoridad y crédito entre los sitiados y lo emplease en favor de los sitiadores, dándoles á conocer la posición de las guardias y facilitándoles así la toma de la plaza; otros, con diferentes pretextos, han impedido con carros ó maderos cerrar las puertas, dando así entrada al enemigo. Aníbal persuadió á uno á que le entregase un castillo de los romanos, para lo cual fingió que salía de